CAPÍTULO VII.

Noticias de D. Francisco Ruiz de León y sus obras.—Análisis del poema *La Hernandia.*—Algunas observaciones sobre el libro intitulado «Mirra dulce para aliento de pecadores.»—Obras en verso, sobre la conquista de México, escritas por mexicanos ó residentes en nuestro país.

Las únicas noticias que da el bibliógrafo Beristain respecto al autor, objeto del presente capítulo, son las siguientes:

D. Francisco Ruiz de León nació en Tehuacán de las Granadas, estudió humanidades en Puebla, y filosofía en México. Volvió después á Puebla donde estudió teología, graduándose de bachiller en esa ciencia. Más adelante, contrajo matrimonio y se retiró al campo; pero sin abandonar el estudio de las letras. Escribió Ruiz de León un poema intitulado *La Hernandia*, y otro con el nombre de *La Tebaida Indiana*, que es una descripción del desierto de los Carmelitas. Además, dejó manuscritos varios tomos de poesías, de los cuales se publicaron algunos sin el nombre del autor.

A las anteriores noticias podemos agregar lo siguiente. El Sr. D. Joaquín García Icazbalceta tiene entre sus libros uno de Ruiz de León, casi desconocido, verdadera curiosidad bibliográfica, cuyo título es: "Mirra dulce para aliento de pecadores" (Bogotá, 1790). En las advertencias preliminares de ese libro se dice "que Ruiz de León vivió algún tiempo en México donde era aplaudido su ingenio y buen gusto en la poesía, y que las personas de letras le distinguían por sus reco-

mendables circunstancias. Que más adelante, por su poca fortuna, se había reducido á educar unos niños en Orizaba."

Beristain, hablando de *La Hernandia*, dice: "Los defectos que se encuentran en ese poema deben atribuirse al mal gusto de la época, y no á falta de ingenio ni de conocimientos del autor." El bachiller D. Joaquín de Buedo y Girón calificó *La Hernandia* de "un poema dulce, sonoro y verídico al que no falta parte alguna esencial ni adorno de aquellos que sabe dar el arte, y tiene la apreciabilísima calidad de contar fielmente la historia que promete que es la de la conquista de México." D. José Benegasi manifestó su opinión sobre el escrito que nos ocupa con las siguientes palabras: "Hallo en muchas de sus octavas profundos conceptos, no pocas sentencias, reflexiones discretísimas y ciertos ofrecimientos que podemos llamar originales; estos y otros primores hallo en la obra." Los críticos modernos no son tan indulgentes con Ruiz de León, pues Quintana menciona la *Hernandia* entre los poemas *nulos*, y Ticknor, considerando defectuoso el *México conquistado* de Escoiquiz, cree que todavía es peor la *Hernandia.* Por nuestra parte, no queriendo prejuzgar el poema que nos ocupa, comenzaremos por presentar un resumen, dar algunas muestras, y hacer las observaciones que nos parezcan necesarias: en cuanto al resumen, nos valdremos del que hizo el autor mismo. Además, conviene tener presente que los poemas épico-heroicos se dividen en varias clases como la epopeya y el poema histórico, que un preceptista filosófico contemporáneo, Revilla, define de este modo:

"*Epopeyas*, esto es, poemas orgánicos y sintéticos, siempre primitivos y espontáneos que expresan el ideal entero (religioso, moral, social, político) de un pueblo, de una raza, y á veces de toda una civilización, representado en una vasta concepción y simbolizado en un hecho grandioso y extraordinario. En este género de composiciones siempre interviene lo maravilloso teológico, y los personajes son míticos y legendarios, y no pocas veces divinos ó semi-divinos. Las

grandes epopeyas nacionales son imitadas luego por los poetas eruditos, que trazan epopeyas artificiales ó de imitación. Ejemplo de epopeya espontánea, esto es, de verdadera epopeya, es la *Iliada*; ejemplo de epopeya artificial-erudita ó de imitación es la *Eneida*.

"*Poemas históricos*, que se limitan á narrar los grandes hechos de la historia, sin darles carácter legendario y maravilloso. No quiere decir esto que en tales poemas no intervenga lo maravilloso; pero sí que el poeta se ciñe constantemente á la historia, y no se inspira en las tradiciones poéticas populares. Estos poemas siempre son eruditos, y con frecuencia versan sobre asuntos contemporáneos á sus autores."

De lo dicho fácilmente se infiere que un poema épico-heroico sobre la conquista de México debe ser histórico, y no con pretensiones de epopeya.

***

CANTO I.

"Después de los descubrimientos del Adelantado Cristobal Colón, y del capitán Francisco Fernández de Córdoba, pacificadas las islas del mar Atlántico, convoca Diego Velázquez en la de Cuba los principales de ella para el propio fin, y con los vasos que tenía prevenidos, sale Juan de Grijalba á la empresa. Habiendo descubierto varias costas, llega al río de Banderas, donde estuvo á pique de perderse uno de sus capitanes en batalla: después de otros accidentes, por reclamo de su gente, vuelve á Cuba, y halla desabrido á Velázquez porque no hizo la población. Con mejor disposición envía éste á Hernán Cortés por Cabo de ella: dase noticia de quién era, su calidad, valor, y el estado en que se hallaba. Sale de Cuba, engruesa su ejército en las villas de la Trinidad y de la Habana, y padece persecución de sus émulos, que consiguen descomponerlo con Velázquez. Sosegados éstos, hácese á la vela, padece un fuerte temporal, y arriba á la isla de Co-

sumel, donde empieza á sembrar la semilla de la fe, hasta dejar en un templo colocada una imagen de María Santísima nuestra Señora."

Desde luego podrá observarse por el resumen anterior, que el autor toma las cosas un poco más allá de lo que debiera, pues según las reglas del arte la escena del poema épico ha de abrirse en el punto crítico en que la acción empieza, y la acción de *La Hernandia* comienza propiamente cuando Cortés sale de la isla de Cuba.

Como primer muestra del canto primero copiaremos la *proposición* que nos parece imitada de *Las Lusiadas* de Camoens.

No canto endechas, que en la Arcadia umbrosa,
Al basto son de la zampoña ruda,
Lamenta á la zagala desdeñosa
Tierno pastor para que á verle acuda.
Dilirios vanos de pasión odiosa,
Que á la alma ciega, y á la lengua muda
Dejan, cuando explicados, ó sentidos,
Roban el corazón por los oídos.

No los ocios de rústica montaña,
Donde de Albogues el compás grosero
Guarda su secillez y su cabaña,
De asechanzas y lobos el cabrero;
No de la lid, ó miés, pampano y caña;
No de la abeja, laborioso esmero,
Dan aliento á mi voz, pues hoy con arte,
Estragos canto del sangriento Marte.

Las armas canto, y el varón glorioso,
Que labrando á sus manos su oportuna
Suerte, constante, diestro y generoso
Sobre los astros erigió su cuna.
Héroe cristiano del valor coloso,
Que triunfó del destino y la fortuna,
De sus fuerzas blasón, de España gloria,
Campeón insigne de inmortal memoria.

Aquél que al *Quinto Carlos*, que venera
El sol, á costa de un afán profundo,
Porque en un mundo solo no viviera,
Le hizo monarca de otro Nuevo-Mundo.

Como diciendo en sí, desaire fuera
En mi rey, y en mi aliento sin segundo,
Si teniendo un *Cortés* de ardiente zona,
No se enlazara en ambos su corona.

Acción heroica, que en su rara empresa,
A cada paso muestra prodigiosa
Una proeza gentil que más la expresa
Y una facción en cada punto honrosa.
Todo fué fruto fiel con que embelesa
La atención, su lealtad pundonorosa,
Donde obraron con émulo ardimiento,
Junto su espada, como su talento.

Sangrientas guerras canto de terribles,
Generosas cuchillas españolas,
Cuyos cortes veneran invencibles
Iguales las campiñas y las olas,
Arduos encuentros, cóleras horribles,
Que competirse pueden ellas solas,
Cuando la furia desprendió sus manos
Entre españoles y entre americanos.

Cese ya del Mantuano la quimera,
Que en su época, con docta fantasía,
Pintó; pues admira verdadera,
Serie mayor de intrépida osadía,
Cuyos ecos la fama vocinglera
Dió á sus clarines, porque su armonía,
Difundida al ambiente en nueva pompa,
Fuese animado aliento de su trompa.

Borren desde hoy los Julios y Scipiones,
Alejandros, Pompeyos y Anibales,
De Roma y de Numancia los blasones,
De Cartago, y Farsalia los anales:
Que más heroicos célebres campeones
Obscurecen sus timbres inmortales,
Cuanto va de vencer lo que es factible,
A reducir al acto lo imposible.

Lo que nos parece más digno de observarse en las anteriores octavas es lo siguiente:

Para el buen sentido de la oración hace falta en el verso primero de la octava primera la preposición *con*, antes del re-

lativo *que;* pero pudiera esto considerarse como licencia poética por serles permitido á los poetas alterar los regímenes. En la segunda cuarteta hay una transposición elegante del verbo *dejar*.

En la octava tercera, verso segundo, se encuentra otra alteración de concordancia que puede considerarse también como licencia poética, y es "labrando á," en lugar de "labrando con." En castellano se dice "labrar *á* martillo," y esto pudiera explicar igualmente la locución de nuestro poeta.

La personificación de que "el sol adore á Cárlos V" (octava cuarta) se puede defender con el ejemplo de los mejores poetas, como Fray Luis de León que hace hablar al río Tajo. El sol ha sido objeto de veneración para varias naciones, y nuestro autor presenta á Carlos V como un personaje tan grande que el sol mismo le venera.

Los primeros versos de la octava quinta suenan mal por las muchas *eses* que hay en ellos, como en *empresa*, *paso*, *prodigiosa*, etc. La locución del último verso es prosaica, y obscuro el sentido de la octava.

En la octava sexta hay una personificación impropia, un adjetivo mal aplicado y una frase prosaica. La personificación impropia es que "las campiñas y las olas *veneren* los cortes de las cuchillas españolas," porque el efecto que producen los instrumentos de guerra no puede causar veneración sino miedo, horror, espanto. El adjetivo mal aplicado es el de *generosas* calificando á *cuchillas*, cuando el autor mismo confiesa que va á cantar guerras *sangrientas*, como realmente las hubo entre los mexicanos y españoles. La frase prosaica es "competir *ellas solas*" (verso sexto).

La octava séptima es de estilo gongorino.

Aunque hay alguna exageración en la idea de la úlima octava, lo cierto es que el hecho de la conquista de México, verificado por unos cuantos hombres contra naciones enteras, es verdaderamente maravilloso, y por lo mismo digno de la musa épica: parece más bien una fábula que una historia

verdadera. Martínez de la Rosa [*Poética*] ha considerado como asunto propio del poema épico la historia de la conquista de México, y lo mismo opina substancialmente Viardot, al hablar de Solís, en sus *Estudios sobre España*. También es conforme á las reglas del arte la circunstancia de que la acción del poema que examinamos se encuentre reconcentrada especialmente en un personaje principal, Hernán Cortés. Igualmente se observan las leyes del buen gusto haciendo que el estado de guerra domine en el curso del poema, porque es lo más conforme al objeto de esas composiciones: lo que es inadmisible en el poema épico es la prosa de la guerra civil, y por esto se consideran defectuosas algunas composiciones, como la Farsalia de Lucano y la Henriada de Voltaire. La colisión, la lucha del poema, debe tener lugar entre naciones distintas. Bajo este concepto, nada deja que desear la representación poética de una guerra entre españoles y mexicanos: raza, civilización, costumbres, todo era diferente entre ellos.

Por lo que toca al lenguaje, estilo y versificación del trozo copiado anteriormente poco hay que decir en contra: el lenguaje es generalmente castizo, el estilo casi siempre elevado y la versificación comunmente sonora, puesta en octavas reales que es la combinación poética más propia, por su majestad y armonía, para el poema épico.

Del canto primero tomaremos también el siguiente retrato de Cortés, demasiado extenso; pero recomendable por su fidelidad histórica. Sin entrar en observaciones de detalle, y disimulando algunos defectos, nos limitaremos á presentar el retrato de Cortés por Ruiz de León en paralelo con el que formó Solís, á fin de mostrar la conformidad de hechos entre el poeta y el historiador.

"Nació en Medellín, villa de Extremadura, hijo de Martín Cortés de Monroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no sólo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre."

Medellín, villa noble, ya famosa,
De Extremadura, mereció oportuna,
Con ilustre ascendencia generosa,
Prevenirle blasones á su cuna.
Martín Cortés Monroy, casta su esposa
Catalina Pizarro, á su fortuna
Principio dieron, fiando á su entereza
Educación, virtud, celo y nobleza.

"Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenía con la viveza de su espíritu aquella diligencia de los estudios."

En la flor de la edad, cuando borrados
Del bosquejo los índices pueriles,
Naturaleza deja retocados,
Con razones de Enero, los Abriles,
Halló los suyos bien iluminados
De aquellas buenas letras que sutiles
Son ingeridas al entendimiento,
Vida del alma, y alma del talento.

Por fuerza oculta que en su pecho ardía,
Y á marciales estruendos le llamaba
Un no sé qué, que el alma le decía,
A la guerra, á la guerra se inclinaba.
¡Oh impulso grande de la simpatía!
¡Cómo ya el corazón le adivinaba,
Que en la escuela de Marte había su acero
De ganar á su rey un mundo entero!

"Inclinóse á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecían con el valor más que con la codicia. Ejecutó su pasaje con gusto de sus padres, y llevó cartas de recomendación para D. Nicolás Ovando, que era su deudo y gobernaba en esta sazón la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimación en todos, y tan agradable acogida en el Gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicación."

Con este fin sus padres, diligentes,
A Indias le enviaron, donde gobernando
La isla Española, y otras adyacentes,
Se hallaba un deudo suyo con el mando.
Sus verdes años fueron tan prudentes
Estimaciones y opinión ganando,
Que, cómo deudo no fuera el primero
Le atendió Ovando como caballero.

"Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinación, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseída sin contradicción de sus naturales, que pidió licencia para comenzar á servir en la de Cuba, donde se traían por entonces las armas en la mano."

Pero viendo aquella isla sosegada,
No pudo superior impedimento,
Ni la fama á sus manos alcanzada,
Desvanecerle de su noble intento.
A proseguir la guerra comenzada
Le llevó á Cuba su marcial aliento,
Pues pechos como el suyo, no apetecen
Más honor, sino aquel que ellos merecen.

"Consiguió brevemente la opinión de valeroso, y tardó poco más en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados sabía también resolver entre los capitanes."

En breve aquí su brazo y su cordura,
Le acreditaron de mayor en todo,
Fiando de su conducta la ventura,
Que su prudencia consiguió con modo.
En su mano el acierto se asegura,
Sin que la emulación le encuentre apodo:
¡Tanto puede fortuna, cuando intenta
Ensalzar al alumno que alimenta!

"Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenía otras de su propio natural que le hacían amable, porque hablaba

bien de los ausentes, era festivo, y partía con sus compañeros cuanto adquiría, con generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos."

Galán, sin los melindres de adornado;
Valiente, sin alarde presumido;
Liberal, sin jactancia de envidiado;
Cortés, con atenciones de entendido;
Discreto, que habla puro, y no afectado;
Afable, que no adula por rendido;
Sobre talle gentil, denuedo airoso;
Joven edad y aspecto generoso.

Otro adorno del canto primero, pero en cuyo desempeño anduvo poco feliz Ruiz de León es la descripción de la tempestad que sufrió Cortés: esa descripción es demasiado prolija y de color recargado con afeites gongorinos. Bastará copiar como ejemplo la siguiente octava.

Eolo desata de su gruta opaca
El voluble escuadrón, que en silvos roncos
Rompe los montes, con que más lo atraca,
Y escollos parte, cuando vuela troncos:
Retírase el alción de la resaca,
Busca el Echéneis los peñascos broncos,
Y los mudos delfines testifican
El tiempo que avisados, pronostican.

Obsérvese que la descripción clásica, la descripción según el arte griego, es más bien filosófica que física, se dirige más al entendimiento que á los sentidos: se forma con pocos rasgos dirigidos preferentemente á comunicar la vida á un objeto que á representar su aspecto externo. En las épocas de decadencia literaria es cuando las descripciones toman grande extensión, se pierden en nimios detalles, y la pintura de los objetos materiales sustituye al sentimiento moral. Puede compararse la descripción de una tempestad hecha por Homero y el más original de sus imitadores, Virgilio, con la de Lucano en La Farsalia.

CANTO II.

"Habiendo salido de Cozumel, vuelve á él, por un suceso extraño, y recoge á Gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatán, necesario instrumento á la empresa, por la práctica en los extranjeros idiomas de la América. Hácese al mar, gana á Tabasco, surge al puerto de San Juan de Ulúa, y desembarca en la costa de Veracruz. El General y el Gobernador de Moctezuma le visitan, por descubrir el fin de su arribo. Varias conferencias que tuvieron sobre la embajada, hasta llegar el bárbaro á prorumpir el rompimiento. Desabridos por esto algunos soldados, claman por Cuba, y con la amistad que ofrece el señor de Zempoala, los sosiega. Hácese la población, y en su ayuntamiento renuncia el bastón de General, por la flaqueza de jurisdicción, y la villa le elige por el Rey. Gana la provincia de Quahuixtla, y hace otro templo en Zempoala. Con castigo de algunos sediciosos, que determinaban huirse en un navío, resuelve dar al través con la armada, para cerrar el paso á la fuga y lo ejecuta con heroica resolución."

La formación de un gobierno y otros detalles sobre el sistema político de los españoles nos confirman en la idea de que el asunto de la Hernandia es propio de un poema épico-histórico; pero no una epopeya. Según los mejores estetólogos, el grado de civilización que conviene para servir de base á la epopeya es el que llega á una forma fija de gobierno; pero no al extremo de una sociedad regida materialmente, con administración completa, ministros, policía, etc., etc. La forma general de principios, de obligaciones y de leyes carece entonces de la vida, de la animación, de la individualidad, de la independencia que requiere la epopeya: es preciso que los principios de gobierno emanen del sentido práctico, de las costumbres, de la equidad natural y del carácter espontáneo de los personajes, sin que aparezcan dominados por fuerza externa. La sencillez de costumbres es la consecuencia del estado social que conviene representar á la epopeya, manifestada esa sencillez aun en las acciones más vulgares. Esto es lo que se llama *edad heroica*, esa época de la vida pública y doméstica en que no existen ya las costumbres bárbaras; pero tampoco la prosa racional de una sociedad doméstica y civil nimiamente reglamentada: la edad heroica es un término medio original y poético entre la barbarie y la civilización completa.

Es de advertir igualmente, que tampoco los mexicanos estaban en la edad heroica, cuando se hizo la conquista, encontrándose entre ellos dos extremos, formas tan adelantadas, como la republicana en Tlaxcala, ó pueblos enteramente bárbaros como los chichimecas.

El canto segundo de la Hernandia concluye con un episodio, la destrucción de las naves, que pudiera haber compensado los defectos notados anteriormente. Que ese episodio es eminentemente épico lo prueban los magníficos cantos de Moratín y de Vaca Guzmán intitulados: "Las naves de Cortés destruídas." Que ese episodio se refiere á la acción más heroica que en su línea presenta la historia, se demuestra comparándola con otras semejantes. Tarik quemó sus naves al pisar las costas españolas, y Alclepiodato destruyó las suyas al desembarcar en Britania; pero uno y otro se encontraban á pocas leguas de sus playas y podían con facilidad volver á ellas; mientras los conquistadores de México sabían muy bien la imposibilidad de salvarse si padecían una derrota. Agatocles desembarcó en Africa para conquistar á Cartago, y echó á fondo sus navíos; pero iba acompañado de treinta mil soldados, y hacía la guerra á una sola nación. Los catalanes, que en Galipoli dieron barreno á sus naves, eran menos, y peleaban con varias naciones del Oriente; pero nunca en tan corto número como Cortés y sus compañeros. Sin embargo, Moncada juzga que tan heroica fué la acción de los catalanes, como la de Cortés y sus soldados. (Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.) Desgracia-

damente Ruiz de León no se puso á la altura del asunto, y sólo produjo un bosquejo débil, vago, que no comprendemos cómo pudo haber servido de base á la composición de Vaca Guzmán, ó la de Moratín, según indica Beristain en su *Biblioteca.* Vamos á transcribir el trozo correspondiente de la Hernandia para que el lector pueda por sí mismo hacer la comparación con los cantos á que nos referimos, los cuales se encuentran en cualquier biblioteca; y por esto no nos detenemos en copiarlos.

Los grandes buques, en que se condujo,
Intenta destrozar (¡valor terrible!)
Y su conducta con prudente influjo,
Necesario hace lo que fué imposible.
Empeño tal á operación redujo,
Llegando hasta aquel punto imperceptible,
En que lo heroico parte su grandeza,
Entre temeridad y fortaleza.

Diga alguno (¡qué importa que lo diga!)
Que fué barbaridad tanta advertencia,
Si bien mirado lo que al fuerte obliga,
El límite trasciende á la paciencia.
La fortaleza no es tan enemiga
De los extremos, como la prudencia;
Y en casos que están fuera del estilo,
Salir de lo común es el asilo.

Resolución tan alta es la que exprime
Lo sumo de un valor pundonoroso,
Y esta sólo la alcanza, quien sublime,
Lo magnánimo junta y generoso.
Llegar no más adonde no comprime
El estrecho, no es campo peligroso;
Hallar en la otra banda fin preclaro,
Es de muy pocos, y aun en estos raro.

No de Etolia y Sicilia pretendidos
Lauros, gasten buriles y pinceles,
Celebrando caudillos atrevidos,
Que por vencer quemaron sus bajeles.

Hechos para primeros, aplaudidos,
Mas sin duda á este rendirán laureles,
Que en el cotejo de una y otra proeza,
Fué aquella hazaña, y esta fué grandeza.

Examínense entre ambos continentes,
Midiendo la distancia y suficiencia,
La fiereza inaudita de sus gentes,
De sus emperadores la potencia;
Muestre el seso los grados excelentes
De una y otra arrogancia y decadencia,
Y aun la envidia dará cuando la infama,
Orla allí de oro, cerco aquí de grama.

No por segunda pierde el lustre claro;
Que proezas que de sí son ejemplares,
Se deben mensurar por aquel raro
Tamaño, que las hace singulares.
¡Oh honor de España! goza ya preclaro
A tus grandes blasones militares
El elevado altar donde te aclama,
Por heroico, por único, la fama.

CANTO III.

"Marcha á Zocotlán, y por dirección de los zempoales determina ir á Tlaxcala; toman á su cuenta el negocio, ofreciéndose á conseguirlo. Varias reyertas en el Senado sobre el punto, hasta que resuelven el rompimiento. Quedan vencidos en diversas ocasiones, asaltan de noche el cuartel, por consejo de sus adivinos, y pierden totalmente las esperanzas. Con estas noticias pide la República la paz que después de algunas experiencias se le concede. Entran los nuestros en su jurisdicción, y pasan á Cholula, donde se descubre y castiga la conjuración, que estaba dispuesta por orden de Moctezuma, para acabar con ellos. Hace que las dos naciones opuestas queden unidas, para dejar paso seguro á las tropas de Tlaxcala y á su gente en caso de necesitarlo, si no correspondiese el suceso á sus designios."

Del canto tercero recomendamos el discurso de Maxicatzin